

LA LUZ EN MEDIO DE LAS SOMBRAS

Germán Medina Acosta¹⁸

“Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien”
Papa Francisco

“Si perdemos la esperanza será el fin,
pero Dios nos libre de perder la esperanza”
Zygmunt Bauman

RESUMEN

Existe una profunda relación entre la Civilización del Amor, que la Iglesia procura desde el pontificado de San Pablo VI, y el llamado a la fraternidad abierta que hace Su Santidad el Papa Francisco en su encíclica social *Fratelli Tutti*. La Civilización del Amor será “una explosión de la sabiduría del amor fraterno” y se manifestará, particularmente, en una “socialidad que regenera”, afirmaba Pablo VI. El presente artículo reconoce como problemática central del mundo contemporáneo “el cisma entre el individuo y la comunidad”. Cisma que muestra una honda crisis antropológica y que impide que el dinamismo del amor se expanda. El buen samaritano es la luz que descubre a la humanidad afectada por las sombras del mundo cerrado, la “socialidad que regenera”, la fraternidad abierta, la amistad social y el proyecto común.

Palabras clave: civilización del amor, fraternidad abierta, fraternidad universal, amistad social.

18 Filósofo y Teólogo de la Pontificia Universidad Javeriana. En la misma Universidad obtuvo el grado de Magíster en Psicología Comunitaria (1996). Es especialista en Ética y Pedagogía de Valores (1998) de la Pontificia Universidad Javeriana. Doctor en Teología (2002) de la Pontificia Universidad Salesiana – Roma. Actualmente obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Bogotá.

Introducción

Desde el inicio de su pontificado, en su carta programática *Evangelii Gaudium*, S. S. Francisco advertía acerca de la tentación del *pesimismo estéril* que puede afectar al discípulo misionero, sobre todo, cuando de ver, juzgar y actuar en la realidad se trata; de ahí, que nos haya invitado a asumir el *discernimiento evangélico* como forma propia de aproximarnos a la realidad. De esta manera, nuestra mirada se nutre de esperanza porque participa de la mirada de Dios y nos permite reconocer que Él “sigue derramando en la humanidad semillas de bien” y que “donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección” (Francisco, 2013, p. 85 y 53).

En este ejercicio de iluminación, que el Observatorio Arquidiocesano de Evangelización me pidió hacer en el marco del conversatorio «La civilización del amor: una llamada urgente en tiempo de crisis», propongo el siguiente camino de reflexión: reconocer el poder de la resurrección; revestirnos de la mirada de fe para el “develamiento” de lo humano; valorar la fuerza significativa de las categorías; precisar caminos de esperanza y verificar la civilización del amor en nuestra ciudad región.

1. El poder de la resurrección

Si bien, se constatan en el mundo graves y preocupantes sombras¹⁹ que le impiden realizar su vocación de ser “un mundo abierto” (Francisco, 2020, págs. 9-37 y 49), es sano reconocer también que:

Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo (Francisco, 2013, p. 249 y 250).

Sin el ánimo de restarle importancia a la consideración de las “sombras de un mundo cerrado” que afectan al planeta y a sus habitantes,²⁰ considero saludable valorar los brotes de resurrección: “en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible” (*op. cit.*, p. 249).

Esta es, precisamente, la intención de S.S. Francisco, en el segundo capítulo de su encíclica *Fratelli Tutti*, cuando refiere a “un extraño en el camino”, al buen samaritano, en

el intento de buscar una luz en medio de lo que estamos viviendo. (2020, p. 39).

Ciertamente la fe, con el humanismo que encierra, nos impele a mantener vivo un sentido crítico frente a las sombras o tendencias del mundo cerrado y a reaccionar rápidamente (*cf. op. cit.*, p. 57).

No hay duda de la gravedad y del peligro que representa para la humanidad el debilitamiento de la dimensión comunitaria de la existencia; las nuevas formas de egoísmo y de pérdida de sentido social con la prevalencia de los intereses individuales; la pérdida de conciencia histórica y de la identidad de las regiones débiles y pobres; la descalificación y descarte de personas consideradas “sacrificables”; la promoción del miedo y la desconfianza controlada por intereses económicos; el deterioro de la ética, la indiferencia cómoda, fría y globalizada y la obsesión por el propio bienestar; la mentalidad xenófoba y la pérdida del sentido de la responsabilidad fraterna; la persona reducida al objeto de miradas y la consecuente pérdida del respeto al otro y al derecho a la intimidad; las nuevas formas digitales de agresión social y de homogenización. Todas estas sombras o tendencias parecen indicar que estamos asistiendo a un verdadero “cisma entre el individuo y la comunidad humana”, a un mundo sin proyecto para todos, caldo de cultivo de una tercera guerra mundial por etapas (*cf. op. cit.*, págs. 20, 23 y 24; también Francisco, 2018, p. 15).

A pesar de este panorama sombrío, la fe nos permite reconocer, lejos de caer en actitudes ingenuas o de huida, el acontecer del Dios de Jesucristo: vivo y presente en la historia y en tantos hombres y mujeres, creyentes o no, de buena voluntad, abiertos a la verdad, la bondad y la belleza y, por tanto, sostener la esperanza.

Zygmunt Bauman, padre de la teoría de la liquidez, reconociendo que el mundo se halla en medio de la incertidumbre, los miedos, las pesadillas que emanan de procesos sin control, de los que tenemos un conocimiento muy parcial y que somos demasiado débiles para dominar, deja abierta la esperanza: “si perdemos la esperanza será el final, Dios nos libre de perder la esperanza” (Bauman, 2008, p. 39).

Muchas culturas: ésta es la realidad. Una sola humanidad es un destino, un propósito o una tarea ideales. Las múltiples culturas representan el pasado: es lo que

“En medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto...”

¹⁹ S.S. Francisco emplea la expresión “sombras de un mundo cerrado” para referirse a algunas tendencias del mundo actual que no favorecen la fraternidad universal; son “densas sombras” del abandono, de la violencia utilizada con mezquinos intereses de poder, acumulación y división.

²⁰ Como discípulos misioneros no ignoramos dichas sombras, todo lo contrario, éstas encuentran eco en nuestro corazón que busca la Luz.

hemos heredado de milenios de historia humana. La humanidad única es el futuro. (op. cit., p. 13).

Por su parte, S.S. Francisco invita a la esperanza, realidad enraizada en lo profundo del ser humano, sedaspiración anhelo de plenitud, de vida lograda, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes que hacen la vida más bella y digna (2020, p. 38).

2. La mirada de fe

Refiriéndose al camino de paz que es posible recorrer entre las religiones, S.S. Francisco señala, como punto de partida, la mirada de Dios.

El punto de partida debe ser la mirada de Dios. Porque Dios no mira con los ojos, Dios mira con el corazón. Y el amor de Dios es el mismo para cada persona sea de la religión que sea. Y si es ateo es el mismo amor. Cuando llegue el último día y exista la luz suficiente sobre la tierra para poder ver las cosas como son, ¡nos vamos a llevar una sorpresa! (2020, p. 192).

Extiendo este decisivo punto de partida a toda mi reflexión sobre la esperanza que funda la presencia de la Luz en medio de nuestras sombras, del buen samaritano, del divino caminante por la senda de los discípulos, de la Iglesia y de tanto herido que yace por el camino, de la humanidad entera.

La mirada de fe está relacionada con la mirada de Dios; la mirada de fe nos la regala Dios en su Hijo Jesucristo para que veamos como él nos ve, para que lo reconozcamos en el camino, en medio de la tribulación, de las pruebas, de las sombras.

En el prefacio común, VIII de la misa, la Iglesia ora así:

También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado (Conferencia, 2001, p. 500).

La fe confianza en la presencia y acción de Dios en su Hijo Jesucristo, reflejada en esta plegaria eclesial, habla bien de nuestra mirada y nos permite caminar en la esperanza, a la manera del buen samaritano.

La expresión “mirada de fe” manifiesta la convicción, radicada en cada creyente, de que sólo en la fe es posible una interpretación completa y auténtica de la realidad (Tonelli, 1996, p. 34). Esto no riñe con la apertura de mirada; la fe, si es auténtica, nos abre a la complejidad del misterio que en Jesucristo se devela y acontece en la historia.

3. El “develamiento” de lo humano

Llaman la atención las ricas referencias antropológicas presentes a lo largo de toda la encíclica; subyace, en toda ella, una “antropología abierta” que apunta a corregir visiones cerradas del ser humano. Particularmente, reconozco en la parábola del buen samaritano un poderoso referente antropológico.²¹ Con esto, quiero decir que contemplando al buen samaritano podemos conocer al hombre Jesús y, en él, reconocer el develamiento de nuestra propia humanidad, pues, “en realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (G.S, 1965. núm 22).

Las siguientes afirmaciones de S.S. Francisco confirman mi percepción:

Esta parábola es un ícono iluminador, capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele. Ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano (...) La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común. Al mismo tiempo, la parábola nos advierte sobre ciertas actitudes de personas que sólo se miran a sí mismas y no se hacen cargo de las exigencias ineludibles de la realidad humana” (2020, págs. 46, 66 y 68).

Se responde, así, al “cisma entre el individuo y la comunidad humana” que se denuncia en el capítulo primero de la encíclica.

Pero, es en el capítulo tercero de la encíclica donde se hace un desarrollo más detallado de una antropología abierta y dialogal. A partir del magisterio de la Iglesia, de filósofos y teólogos,²² reflexiona sobre el encuentro con los otros, el amor, la hospitalidad, la fraternidad y la solidaridad.

21 La parábola llama a que resurja nuestra vocación de ciudadanos del propio país y del mundo entero, constructores de un nuevo vínculo social; los gestos del buen samaritano reflejan que la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás; ésta nos revela una característica esencial del ser humano: hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor.

22 Gabriel Marcel, Santo Tomás y Karl Rahner son citados y puestos en relación. A lo largo de la encíclica pueden reconocerse problemáticas actuales que otros autores abordan en sus estudios acerca de nuestra contemporaneidad; pienso, por ejemplo, en: Byung-Chul Han y la expulsión de lo distinto; Martha C. Nussbaum y el ocultamiento de lo humano, la monarquía del miedo y emociones políticas.

Cabe reconocer aquí, en cierta forma, una “fenomenología del amor” (intimidad, vínculos, salida de sí mismo, tejido de relaciones) que enseguida recojo, de manera sucinta:

El encuentro con los otros

Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». «Sólo me comunico realmente conmigo mismo en la medida en que me comunico con el otro» (...) Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque «la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad” (*op. cit.*, p. 59).

La ley de éxtasis

Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de

sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser» (*op. cit.*, p. 60).

El tejido de relaciones

Pero no puedo reducir mi vida a la relación con un pequeño grupo, ni siquiera a mi propia familia, porque es imposible entenderme sin un tejido más amplio de relaciones: no sólo el actual sino también el que me precede y me fue configurando a lo largo de mi vida (cf. *op. cit.*).

4. La fuerza de las categorías

A partir de esta base antropológica (abierta y dialogante), se propone pensar y gestar un mundo abierto, indicando sus condiciones e implicaciones: se requiere un corazón abierto, la mejor política, el diálogo y la amistad social.

Subrayo, ahora, algunas de las categorías que S.S. Francisco emplea para describir y proponer este mundo abierto que hace posible y visible la civilización del amor. Considero que estas categorías poseen una fuerza significativa especial y abren nuevas posibilidades de comprensión y acción; me refiero aquí a la caridad, a la fraternidad universal y a la amistad social (cf. *op. cit.*, págs. 73, 75, 76 y 150).²³

La caridad es el dinamismo generador de la fraternidad abierta, llamada a hacerse universal y a expresarse, no sólo en las relaciones íntimas y cercanas, sino también en las macro relaciones (sociales, económicas y políticas); en las organizaciones e instituciones locales y globales (internacionales) que, a través del diálogo, la búsqueda de consensos y los pactos, velen por la vida digna de todo ser humano y de todo pueblo. La caridad se traduce en amistad social cuando “ante la frontera” favorece el encuentro, la solidaridad y la amabilidad.

Caridad

La caridad es el dinamismo de apertura y unión hacia los demás que Dios infunde y hace posible. A la vez, es el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana: “lo primero es el amor, lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar”.²⁴

La atención afectiva que se presta al otro, provoca una orientación a buscar su bien gratuitamente. Todo esto parte de un aprecio, de una valoración, que es lo que está detrás de la palabra caridad: el ser amado es “caro” para mí, “es estimado como de alto valor” (*op. cit.*, p. 63).

El dinamismo del amor se expresa también en lo social y político.²⁵ Este amor (social y político) es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, es un ejercicio supremo de la caridad porque busca el bien común. (cf. *op. cit.*, p. 120 y 21).

Fraternidad universal

El amor reclama, por su propia dinámica, una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua (cf. *op. cit.*, p. 64).

Esta apertura universal del amor no sólo es geográfica, sino también existencial: es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí (cf. *op. cit.*, p. 65).

La apertura del amor se manifiesta también en la sociedad humana y fraterna cuando ella no sólo asegura las necesidades básicas de todos sus miembros, sino que los acompaña en el recorrido de sus vidas para que den lo

23 Asociadas a estas categorías, se resignifican otras que enriquecen y explicitan su sentido. Téngase en cuenta, por ejemplo: la benevolencia, la solidaridad y la amabilidad

24 Santo Tomás explica la experiencia de amar que Dios hace posible como un movimiento que centra la atención en el otro, considerándolo como uno consigo.

25 El amor es también civil y político y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor.

mejor de sí. La justicia exige reconocer y respetar no sólo los derechos individuales, sino también los derechos sociales y los derechos de los pueblos.²⁶

La paz real y duradera sólo es posible desde una ética global de solidaridad y cooperación al servicio de un futuro plasmado por la interdependencia y corresponsabilidad entre toda la familia humana.

Amistad social

La base de la apertura universal del amor, más allá de las fronteras, es “la amistad social” en cada ciudad o en cada país. Percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia, es un reconocimiento esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal (*cf. op. cit.*, p., 70).

Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar. El diálogo ayuda discretamente al mundo a vivir mejor. El auténtico diálogo social supone la capacidad de respetar el punto de vista del otro aceptando la posibilidad de que encierre algunas convicciones o intereses legítimos (*cf. op. cit.*, p. 135 y 137).

El diálogo es el camino más adecuado para llegar a reconocer aquello que debe ser siempre afirmado y respetado y que está más allá del consenso circunstancial; aquellos valores permanentes que otorgan solidez y estabilidad a una ética social. (*cf. op. cit.*, p. 143).

5. Resquicios y caminos de esperanza

El extraño en el camino, el buen samaritano, Jesucristo resucitado, el viviente, el Espíritu que da vida nos ayuda a salir de nosotros mismo para ponernos al servicio del hermano herido y a organizarnos mejor para que todos tengan vida en abundancia.

La humanidad ha hecho grandes avances que se manifiestan en diversos campos como la salud, la educación y la tecnología, pero necesita superar las sombras del mundo cerrado que la hacen volver atrás; necesita ser como el buen samaritano y hacer renacer la esperanza.

Estamos llamados a una actitud de esperanza, más allá del efecto paralizante de dos tentaciones opuestas: por un lado, la resignación que sufre pasivamente los acontecimientos; por otro, la nostalgia de un retorno al pasado, sólo anhelando lo que había antes. En cambio, es hora de imaginar y poner en práctica un proyecto de

convivencia humana que permita un futuro mejor para todos y cada uno. El sueño recientemente descrito para la región amazónica podría convertirse en un sueño universal, un sueño para todo el planeta que “integre y promueva a todos sus habitantes para que puedan consolidar un «buen vivir»” (Francisco, Querida Amazonía, 2020, p. 6).

El extraño en el camino nos enseña que la única salida es ser como el buen samaritano: ciudadanos, constructores de un nuevo vínculo social; que la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro; que la clave es hacer propia la fragilidad de los demás, pues la plenitud sólo se alcanza en el amor; que hay que comenzar de abajo y de a uno y pugnar por lo más concreto y local; que hay que buscar a otros y hacernos cargo de la realidad que nos corresponde; que hay que ampliar nuestro círculo y dar a nuestra capacidad de amar una dimensión universal.

Sin querer reducir la complejidad de la realidad y sí reconociendo la necesidad de una visión prismática de la misma que incluya “todas las partes”, resalto algunos acentos marcados por el S.S. Francisco que se constituyen, a la vez, en caminos de esperanza.

Comenzar de abajo y de a uno

Si bien muchas de las sombras del mundo cerrado encuentran su origen en el ámbito global y, por tanto, su superación tiene que buscarse en este mismo ámbito.²⁷ S.S. Francisco insiste en no esperar todo de arriba y, entonces, reconoce las formas de organización laboral y económica populares: experiencias de solidaridad que crecen desde abajo; líderes populares,²⁸ verdaderos sembradores de cambio, poetas sociales que trabajan, promueven y liberan a su modo, con sabor local y horizonte global.

Desde esta perspectiva, se reconoce también la dignidad de los pobres, de los últimos, de los descartados, de los “suprimibles”.

Este “comenzar de abajo y de a uno” implica el reconocimiento y valoración de los migrantes, de los movimientos populares y sus líderes, de sus formas de comprender y de ubicarse en el mundo, de resolver sus problemas, sus formas de organización y economía. En todos ellos, por la

Percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia, es un reconocimiento esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal

²⁶ Se trata de otra lógica: los derechos brotan del solo hecho de poseer la inalienable dignidad humana.

²⁷ No sólo se necesita fomentar una “mística de la fraternidad,” sino una organización mundial más eficiente, una comunidad mundial capaz de realizar la fraternidad mundial: pueblos y naciones que vivan la amistad social.

²⁸ No hay una sola salida posible, una única metodología aceptable, una receta económica; los caminos son diferentes.

promesa que llevan dentro, siempre encontraremos resquicios de esperanza (Francisco, 2020, p. 52 y 153); más aún, todos y cada uno de ellos son “resquicios de esperanza” para un mundo abierto, todos ellos son prójimo.²⁹

La tarea educativa

Pensar y gestar un mundo abierto, abrir el corazón para que ese mundo abierto haga, cada vez más, posible y visible la civilización del amor, requiere de una acción fundamental en la que todos estemos necesariamente involucrados. Esta acción es la educación para el humanismo solidario. Así lo ha entendido S. S. Francisco y así lo promueve con su llamado al pacto educativo global.

Enseguida señalo algunas notas de esta educación, referidas en la encíclica que estamos estudiando.

Es necesario que la educación tenga presente la fragilidad humana, la tendencia constante al egoísmo humano, la concupiscencia entendida como inclinación a encerrarse en la inmanencia del propio yo, del grupo, de intereses mezquinos. Por eso educar significa también desarrollar hábitos solidarios, la capacidad de pensar la vida humana más integralmente, con hondura espiritual; se trata de darle calidad a las relaciones humanas (Francisco, 2020, p. 111).

Sin una educación para la fraternidad abierta (local y universal) no será posible la civilización del amor (cf. *op. cit.*, p. 69 y 70). La fraternidad se debe cultivar conscientemente y concretarse en una voluntad política que se traduzca en una educación para la fraternidad, para el diálogo, para el descubrimiento de la reciprocidad y el enriquecimiento mutuo como valores.³⁰

Las familias, los que tenemos la ardua tarea de educar a los niños y a los jóvenes, los que se dedican al mundo de la cultura y de los medios de comunicación social, estamos llamados a tomar conciencia de que nuestra responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la persona. Valores tales como la fraternidad, el diálogo, la benevolencia, la solidaridad y la amabilidad resultan fundamentales (cf. *op. cit.*, p. 75 y 76).

6. La civilización del amor en nuestra ciudad región

Bogotá, nuestra ciudad región, es una metrópoli plural y diversa, donde acontecen múltiples fenómenos y situaciones referidas en la encíclica. Esta tiene sus propias sombras: migración, polarizaciones, desigualdad, inequidad, injusticias y violencias. Factores globales y locales

se conjugan en ella, generando particularidades y especificidades. Las distintas administraciones distritales han hecho esfuerzos por hacerla más humana, inclusiva, más para todos. Pero han sucumbido ante la confrontación y polarización.

Necesitamos avanzar más en una mejor política, en la amistad social y en la búsqueda de consensos y pactos que nos unan tras la búsqueda del bien común. Sólo a partir del amor social será posible abrirse paso hacia la civilización del amor a la que todos estamos convocados (cf. Francisco, 2020, p. 122 y 123).

Nuestro plan arquidiocesano de evangelización (PLAN E) contempla cooperar en la recomposición de tejido social roto a causa de conflictos sociales no resueltos, heridas no sanadas; ella se ha propuesto trabajar por una ciudad de la misericordia, justa, reconciliada, solidaria y que cuida de la creación (cf. Arquidiócesis de Bogotá, 2014, págs. 73-77). Para esto requerimos, como lo señala la encíclica, de la “arquitectura” y de la “artesanía” de la paz.

En la arquitectura de la paz intervienen diversas instituciones de la sociedad por medio del diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos, pero esto no es suficiente, se requiere de la artesanía de la paz que nos involucra a todos. No podemos obviar los procesos de la gente. Se hace necesario reconocer la perspectiva del otro, formar en el servicio a los demás, trabajar juntos, cultivar el sentido de pertenencia, apostarle a la amistad social, a la unidad múltiple y a la reconciliación con memoria. De tal manera, que mantengamos viva la llama de la conciencia colectiva.

Es un imperativo buscar convergencias y adelantar lo que más podamos esta doble tarea.

Nuestra misión no se puede relegar al ámbito de lo privado, la existencia posee una dimensión política que apunta a la atención del bien común y al desarrollo humano integral. Estamos llamados a asumir la cultura del diálogo como camino, la colaboración común como conducta y el conocimiento recíproco como método. Podemos y debemos favorecer el diálogo y actuar como mediadores.

La propuesta del Papa Francisco sobre la fraternidad universal es una manera concreta de procurar aquella “explosión de la socialidad” que caracterizaría la Civilización del Amor, a la que nos convocó y animó San Pablo VI.

La dialéctica de la Civilización del Amor no es ni el odio, ni la controversia, ni la avaricia sino el amor, el amor generador de amor, el amor del hombre por el hombre, no

29 Desde esta perspectiva se entiende también el no rotundo a la guerra y a la pena de muerte.
30 La igualdad es también el resultado del cultivo consciente y pedagógico de la fraternidad.

por algún interés provisional o por una amarga y mal tolerada condescendencia, sino por el amor a Cristo descubierto en el sufrimiento y en la necesidad de cada semejante nuestro. La civilización del amor prevalecerá sobre el afán de las implacables luchas sociales, y dará al mundo la soñada transfiguración de la humanidad (Mensaje con ocasión del cierre del Año Santo, dic. 25 de 1975).

Ahora, atrevámonos a soñarla y a construirla juntos como “una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (Francisco, 2020, p. 7).

Referencias

- Arquidiócesis de Bogotá. (2014). El paradigma de evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá. Documento No 5 Fundamentos teológicos y pastorales. Bogotá: Instituto San Pablo.
- Bauman, Z. (2009). Múltiples culturas, una sola humanidad. Buenos Aires: Katz Editores.
- Concilio Vaticano II, (2000). Documentos completos. Santafé de Bogotá: San Pablo.
- Conferencia Episcopal Española. (2001). Misal Romano. Madrid: Coeditores Litúrgicos.
- Gamper Sachse, D. (2008). Si perdemos la esperanza será el fin, pero Dios nos libre de perder la esperanza (entrevista a Zygmunt Bauman). En Múltiples culturas, una sola humanidad (1 ed., pp. 39-62). (Dixito)
- S.S. Pablo VI. (1975) Homilía del Santo Padre. Natale del Signore e rito di chiusura dell'Anno Santo. Roma, Estado del Vaticano: Tipografía Vaticana.
- S.S. Francisco. (2020). Carta Encíclica Fratelli Tutti. Bogotá, D.C.: Paulinas.
- S.S. Francisco. (2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Bogotá: Paulinas.
- S.S. Francisco. (2018). Constitución Apostólica Veritatis Gaudium, Bogotá: San Pablo.
- Francisco. (2020). Exhortación apostólica postsinodal Querida Amazonía. Bogotá: Instituto San Pablo.
- S.S. Francisco. (2020). Humana Communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida. Roma, Estado Vaticano: Tipografía Vaticana.
- S.S. Pablo VI. (1965) Constitución Pastoral Gaudium et spes. Roma, Estado Vaticano: Tipografía Vaticana.
- Tonelli, R. (1996). Per la vita e la speranza. Un progetto di pastorale giovanile. Roma: LAS